

843
9

PQ 9227
.H7
96
v.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO X.

LA NOCHE DEL 19 DE AGOSTO DE 1820.

Al oír aquel grito de angustia se levantó el monje rápidamente, volvió al lecho, pasó su brazo derecho por debajo de la cabeza del moribundo, y le hizo respirar sales.

Hubiera sido difícil decir cuál estaba más pálido, si el sacerdote ó el moribundo.

La debilidad fué larga, y llegó casi al desmayo.

Al fin, el enfermo hizo señas de que creía que podía continuar, y el dominico volvió á ocupar su puesto á la cabecera del lecho.

— Salté, dijo el asesino, del batel sobre el césped, y corri hacia la casa.

odo había cesado, los gritos de la niña y los ladridos del perro.

Me había parecido que los gritos salían de una de las salas bajas.

Llamé á Úrsula con voz tímida primero, después con acento más elevado, y por último con toda la fuerza de mi voz; pero nadie respondió.

Tuve entonces la idea de llamar á Leona, pero no me atreví.

Temí evocar una sombra.

No había luz, y bajé á tientas.

Ardía en la cocina un resto de fuego y por débil que fuese la luz que despedía, era fácil ver que todo estaba en orden y que nada había pasado allí.

De la cocina pasé á la repostería llamando á Úrsula.

Nadie respondió.

Me pareció sin embargo que era de allí de donde venían los gritos.

Pensé en una pequeña despensa que había detrás de la repostería y me faltaba por visitar.

Intenté empujar la puerta; pero tuve que luchar contra un obstáculo; llamé aún á Úrsula, pero nadie respondió.

Sin embargo, una cosa me chocó; á la luz de la luna vi la vidriera de la despensa, que daba al jardín, toda despedazada.

Al mismo tiempo tropecé en una cosa con el pie.

Me bajé, y conocí que era un cuerpo tendido en tierra.

En la humedad tibia del pavimento me pareció que aquel cuerpo estaba acostado en su sangre.

Tenté con la mano. No era el cuerpo de una niña.

¿Quién era pues?

Retrocedí hasta la puerta, atravesé en seguida la repostería, y después entré en la cocina otra vez.

Allí encendí una bujía, y espantado de antemano de lo que iba á ver, volví hacia el cadáver

¿Qué era pues lo que había sucedido? Aquel cadáver era el de Úrsula.

Aquella sangre en que estaba acostado su cuerpo, era su sangre, que salía de una espantosa mordedura que había abierto la carótida, y que por la hemorragia había producido la muerte casi instantáneamente.

Un largo cuchillo de cocina yacía cerca de la muerta, y parecía que se había escapado de su mano.

Mi primer pensamiento fué creer que me había vuelto loco, y que era de alguna alucinación terrible.

Pero todo era muy real: allí había un cadáver y sangre, y aquella sangre y aquel cadáver eran la sangre y el cadáver de Úrsula.

Recordé entonces los gritos de la niña, los ladridos del perro, y una luz terrible iluminó mi espíritu.

Fuí á la vidriera rota, y ya no me quedó duda.

Hé aquí lo que había pasado; al menos lo que me pareció claro como la luz del día.

Al entrar Úrsula, se había apoderado de un cuchillo, y de grado ó por fuerza, había llevado la niña á la despensa.

Allí había querido matarla.

Espantada la niña, había gritado y pedido socorro

Estos eran los gritos que yo había oído, y á los cuales respondían los aullidos de Brasil.

El perro adoraba á la niña (ya lo he dicho), y el animal comprendió que su pequeña amiga estaba en peligro de muerte.

Hizo sin duda un esfuerzo terrible, y consiguió romper su cadena.

Rota la cadena, no hizo más que dar un salto desde su nicho á la vidriera: con un arranque furibundo pasó á

través de la ventana, cayó en la despensa, y saltó al cuello de Úrsula.

La mandíbula de hierro de Brasil había abierto la garganta de Úrsula y obligado á su mano á soltar á la vez á la niña y al cuchillo.

Ahora, ¿qué había sido de la niña y del perro?

Ya no estaban allí ni el uno ni el otro.

Era preciso encontrarlos á cualquier precio.

La vista del cadáver de Úrsula me llenó de terror y de cólera; lancéme por la puerta de la despensa que había quedado abierta; por aquella puerta sin duda se había salvado Leona.

Lancéme en su persecución; si la encontraba, mi propia seguridad exigía que la matase, como había matado á su hermano.

El monje se estremeció.

¿Qué queréis, padre mío? dijo el moribundo; tal es el fatal enlace del crimen. El asesino es una mano de hierro, que es preciso que mate por la única razón de que ha matado.

Lancéme lo primero con mi escopeta en la mano por la calle principal del parque; escudriñando las tinieblas con mis miradas; corriendo hacia donde oía ruido; tomando cada rayo de la luna que penetraba á través del follaje por el traje blanco de la niña.

En aquel momento estaba loco, furioso, ebrio de rabia, ávido de sangre.

Á cada rumor que creía oír me detenía echándome la escopeta á la cara, llamando á Brasil y gritando: «¿Eres tú, Leona?»

Pero nadie respondía; todo estaba tranquilo y callado; el parque estaba silencioso como una tumba, vacío é inanimado como la nada.

De repente me encontré á orillas del estanque. Me destu-
ve espantado.

Erizáronse mis cabellos sobre mi cabeza. Lancé un grito que nada tenía de humano, y volví á emprender mi carrera en dirección opuesta.

Y era en efecto más bien una carrera que una marcha; carrera rápida, febril, desordenada, en la que hubiese echado por tierra, si hubiera visto el objeto, cuanto hubiese encontrado á mi paso.

¡Nada! Cerca de una hora vagué así de calle en calle, de matorral en matorral, de árbol en árbol; ni una huella, todo permanecía silencioso y desierto.

Tuve por un instante la idea de descargar mi escopeta para oír un ruido cualquiera; tanto me parecía hermano de la muerte aquel espantoso silencio.

En fin, cansado, moribundo, bañado en sudor, perdí toda esperanza de encontrar ni el perro, ni la niña.

Encontréme enfrente del castillo, al pie de la gradería, á cien pasos del estanque.

¡Aquella agua silenciosa, fría, inmóvil, me espantó!

Separé la vista; pero á pesar mío, mis ojos volvían siempre al mismo sitio.

Entre las cañas, á la orilla, veía la chalupa, semejante á un gran pez varado.

Y sobre el césped el remo...

No pude soportar la vista de aquellas cosas, y entré.

No me atrevía á bajar cerca del cuerpo de Úrsula; subí á mi habitación; las ventanas estaban abiertas de par en par, y daban sobre el estanque.

¡Todo daba pues sobre aquel miserable estanque!

Acerquéme á las ventanas, para cerrar las maderas; pero

en el momento que me inclinaba hacia fuera para traerlas hacia mí, me quedé como petrificado.

Un animal andaba en torno del estanque con el hocico en tierra como si siguiese una pista.

Era Brasil.

¿Qué buscaba?

Formó, siempre corriendo, un círculo perfecto; después, deteniéndose en el sitio donde Víctor y yo habíamos subido á la barca, levantó la cabeza, aspiró el aire, miró á todos lados, lanzó un aullido lastimero, y se lanzó al agua.

¡ Cosa terrible ! seguía nadando el mismo camino que había seguido la barca ; hubiérase dicho que el surco que la barca había hecho permanecía visible, y que seguía aquel surco.

Llegado que hubo al punto en que yo había precipitado al niño en el agua, giró sobre sí mismo un instante.

En seguida se sumergió.

Yo había seguido todas las evoluciones del perro con los ojos fijos, la respiración suspendida.

Había dejado de vivir momentáneamente.

Arremolinábase el agua encima del punto en que el perro se había sumergido.

Dos veces apareció su cabeza en la superficie del agua, y le oí respirar ardentemente.

Á la tercera vez, tenía en la boca un objeto informe que sacaba nadando hacia la orilla.

Tocó el césped, y subió el ribazo, tirando del objeto hacia sí.

¡ Cosa espantosa ! aquel objeto, que atraía hacia sí, y que consiguió después de esfuerzos inauditos arrastrar sobre la orilla, era el cadáver del niño.

— ¡ Horror ! murmuró el sacerdote.

— ¡ Oh ! decid, decid, exclamó el moribundo, ¿ comprendéis lo que pasó en mí al ver aquello ? ¡ El abismo devolvía sus muertos como en el día del juicio !

Lancé un grito de rabia. Volví á coger mi escopeta ; bajé la escalera, franqueando cuatro ó cinco escalones de cada zancada ; ¿ cómo no rodé por ellos ? ¿ Cómo no me rompí la frente contra las losas del vestíbulo ? No lo sé.

Llegué á la gradería. Una espesura de árboles me ocultaba el perro y el niño : marché en dirección de la espesura, á fin de acercarme lo más posible al animal, sin que me viera.

Una vez llegado á la espesura, no estaba más que á treinta pasos del perro, que arrastraba el cadáver del lado opuesto del castillo.

Pensé en la brecha.

¡ Ah ! sin duda era por aquella brecha por donde se había salvado Leona, y por ella quería el perro arrastrar al niño.

Si la casualidad no hubiera hecho que hubiera visto lo que acababa de pasar, aquel miserable perro lo denunciaba todo.

En el momento en que parecía yo del otro lado de la espesura, me sintió.

Entonces soltó el niño y volvió contra mí su boca sangrienta y sus flamigeras pupilas, que centelleaban en la noche como dos carbones encendidos.

Oí chasquear sus mandíbulas la una contra la otra.

Aproveché el momento en que dudaba él si continuaría llevando al niño hacia la brecha, ó si se lanzaría sobre mí.

Le apunté con el cuidado de un hombre que juega su vida, y tiré.

Dobló el perro sus cuatro patas, y se internó en el bosque, lanzando un largo y lúgubre aullido.

Corri hacia el perro, esperando tropezarlo y rematarlo con el segundo tiro de mi escopeta.

Debía estar ya cruelmente herido, porque á la luz de la luna veía una huella de sangre sobre el césped.

Seguí aquella huella, mientras caminaba por un suelo descubierto; pero al entrar en el bosque la perdí.

No por eso corrí menos á la brecha.

Por aquella brecha era por donde había debido salir.

En todo caso, por allí había salido Leona; un trozo de su pañoleta había quedado en un agavanzó ó rosal silvestre.

— ¿Qué había sido de ella

Había ya más de una hora que había pasado la pared desplomada.

El camino de Fontainebleau á París pasaba á un cuarto de legua escasamente.

¿Quién me diría hacia qué lado había ido? ¿si había encontrado á alguno, y adónde la habían llevado?

¡Y luego, si mientras la buscaba fuera de los muros fuese á entrar alguno en el castillo y encontrase el cadáver de Victor sobre el césped!

Lo importante ante todo era hacer desaparecer aquel cadáver.

En aquel momento surgieron en mí las primeras ideas de conservación.

¿Cómo había sido bastante loco para dejar el cadáver en el estanque?

No sabía que al cabo de cierto tiempo los cadáveres de los ahogados vuelven á presentarse sobre el agua.

En último resultado debía considerarme muy feliz con

que Brasil lo hubiera sacado del estanque, y lo hubiera arrastrado sobre el césped.

Iba á enterrarle en un punto aislado del jardín y desapareciera toda huella del crimen.

Volví á entrar en el parque después de haber arrancado del espino el jirón de la pañoleta que había retenido al paso de Leona, y volví á tomar corriendo el camino del estanque.

Corriendo y todo me ocurrió un espantoso pensamiento, un pensamiento que me daba vértigos.

— Si no encontrase ya el cadáver, me decía, ¿dónde le buscaría?

Felizmente, estaba allí.

¡Felizmente! ¿comprendéis? repitió el moribundo; ¡es espantoso lo que os digo!

— ¡Oh! sí, sí, espantoso, murmuró el sacerdote, que sentía que sus cabellos se erizaban al oír aquel relato.

El moribundo continuó:

Para enterrar el niño necesitaba una azada; pero había sufrido demasiado durante aquellos instantes que me había separado del cadáver para separarme de él otra vez.

Colgué mi escopeta del hombro por el portafusil, cargué con el niño en uno de mis brazos, y fui hasta el sitio en que el padre Vicente encerraba sus utensilios de jardinero, para coger allí una azada.

Encontré el instrumento que buscaba.

La barquita estaba arrimada á la huerta, es decir, al sitio destinado á sembrar hortalizas y legumbres.

El sitio más lejano de la huerta era el más desierto del parque, y el mismo por lo tanto en que debía enterrar el niño.

Atravesé, pues, de nuevo el menudo césped del prado,

viendo alargarse á la claridad de la luna la sombra que formaba el grupo odioso de un hombre que llevaba debajo del brazo el cadáver de un niño.

Sus piernas se balanceaban delante, su cabeza colgaba por detrás.

Apresuré mi carrera y me interné en el bosque.

El viaje que haga á través de la eternidad desde el día de mi muerte hasta el del juicio final, no será más terrible para mí que aquella carrera nocturna á través de las tinieblas proyectadas por los grandes árboles.

Mis piernas temblaban, estaba anhelante, y á veces me veía obligado á detenerme para tomar aliento.

De repente me sentí detenido.

Quise continuar mi carrera; pero me retenían por detrás. Temblé; mis piernas se doblaron bajo mi peso. El vértigo, con su acompañamiento de espectros, estuvo pronto á pasar por delante de mis ojos, y me sentí próximo á morir.

En fin, hice un esfuerzo, y tomé la resolución de mirar atrás: los bucles rubios del niño se habían enredado en una rama rota.

Este era el obstáculo: todo ello no había durado más que un segundo; pero durante aquel segundo, había visto centellear por encima de mi cabeza la cuchilla de la guillotina.

Me eché á reír con una risa terrible; dí una sacudida al cadáver; una parte de los cabellos quedó en la rama, pero continué mi camino.

Creí al fin haber encontrado el paraje que me convenia.

Hallábame en un bosque espeso, á algunos pasos de un banco de césped, donde tal vez no había venido á sentarme dos veces en los cuatro años que llevaba habitando en el castillo.

Había allí entre los tallos de lilas un espacio de tres pies de diámetro poco más ó menos.

Horadando verticalmente la tierra, podía concluir al cabo de hora y media ó dos horas.

Puse manos á la obra.

¡Qué hora, padre mío, qué hora la que pasé en abrir aquella fosa!

Podrían ser las dos y media de la mañana cuando la comencé.

Es el momento en que se despiertan los primeros estremecimientos de la naturaleza, los pájaros en las ramas, las bestias salvajes en los matorrales.

Al menor ruido me volvía creyendo oír pasos; arroyaba el sudor por mi rostro, mi aliento se escapaba silbando de mi pecho.

Sentía llegar el día.

Al fin se terminó la obra fúnebre.

Puse el cuerpo del niño en aquel agujero vertical, que no tendría menos de cuatro pies de profundidad.

Después eché sobre él la tierra que había amontonado á orilla de la fosa, pisándola á fin de que el terreno no presentase elevación.

En seguida, como no podía caber toda la tierra, á causa del espacio que ocupaba el cadáver, desparramé el resto por las cercanías.

Por último, á cien pasos de allí fui á buscar una gran capa de musgo, que volví á colocar sobre el punto en que la tierra había sido removida recientemente.

Gracias á aquella precaución, no quedó huella alguna del terrible trabajo.

Era tiempo.

En el momento que concluía, entreabría el sol las nu-

bes, y en la cima de una encina, cuyas ramas se extendían sobre mi cabeza, cantaba un ruiseñor.

CAPÍTULO XI.

FIN DE LA CONFESIÓN.

Con el sol y con la luz vinieron los dos terribles fantasmas del día:

El recuerdo y la reflexión.

Vi venir el sol con el espanto del condenado á muerte que ve entrar por la mañana en su calabozo al carcelero que viene á anunciarle la hora de la ejecución.

Tratábase de tomar un partido; pero todo en mí era terror, incertidumbre, caos.

Nunca hubiera tenido presencia de espíritu, si casi todo no hubiera estado arreglado de antemano por Úrsula.

Su muerte misma lanzaba sobre todos los sucesos de aquella noche fatal una incertidumbre mayor aún, y sobre todo apartaba de mí las sospechas.

Mi adoración hacia aquella criatura era proverbial; no se podía pues sospechar de mí el que hubiese contribuido á su muerte.

Además, el perro, que se le encontraría muerto en alguna parte, sería una prueba de que no habiendo llegado á tiempo para socorrerla, la había vengado.

No tenía sobre mí ninguna huella de aquel terrible testigo que nada hace desaparecer, la sangre. Con un poco pues de buena voluntad y de razón, conseguí recobrar mi sangre fría.

Lo que sólo me llenaba de terror era la fuga de Leona.

Pero suponiendo que Leona se encontrase, no podía acusar más que á Úrsula, y Úrsula estaba muerta.

Subí á mi habitación é hice desaparecer todas las huellas de la orgia de la vispera. Apuré de un trago lo que quedaba en la botella, compuse un poco el desorden de mis vestidos, y fui corriendo á casa del alcalde del país.

Era éste un buen hombre, un simple obrero, como lo había sido yo mismo, y al que había inspirado hacia mí una grande simpatía, y una confianza profunda, aquella comunidad de trabajos de nuestra juventud.

Le recité la fábula que Úrsula y yo habíamos preparado, es decir, que los dos niños habían desaparecido, y que su desaparición de tal modo coincidía con la marcha de Mr. Sarranti y el robo de los cien mil escudos tomados la vispera de casa del notario y robados de mi bufete forzado, que no dudaba en acusarle de aquel robo y de aquel asesinato.

— ¡Pobre padre! murmuró Domingo, levantando las manos y los ojos al cielo.

— Sí; pero para que el cielo no me castigue, exclamó el moribundo, puesto que le devuelvo por mi mismo la pureza que había marchitado, es preciso que me perdonéis, padre mío; porque ¿cómo queréis que Dios me perdone, si vos no me perdonáis?

— Continúad, dijo el monje.

— En cuanto á mí, ved aquí cómo expliqué mi tardía denuncia.

La vispera había entrado muy tarde. Creyendo á todo el mundo acostado, había subido derecho á mi cuarto y me había acostado también. Por la mañana, me había despertado al amanecer; no oyendo ruido alguno en la casa,

me había levantado; al pasar por mi gabinete había encontrado el cajón de mi bufete forzado; había pasado á la habitación de Úrsula, y estaba desierta; había pasado á los cuartos de los niños, y estaban vacíos; había llamado, y nadie había respondido.

Había bajado, había buscado, y al fin en la despensa había encontrado el cadáver de Úrsula bañado en su sangre.

La naturaleza de la herida no me había dejado duda respecto á la naturaleza de su muerte; había sido estrangulada.

Entonces había visto acostado en el prado el perro, que había roto su cadena, y en un primer movimiento, en uno de esos movimientos de dolor que os ponen fuera de vos, había cogido mi escopeta y enviado una bala á Brasil, que había desaparecido herido.

Creó el alcalde esta fábula, y atribuyó mis dudas, mis repeticiones y mi palidez á mi espanto; consolóme á su manera lo mejor que pudo, y haciendo que su auxiliar previniese á todas las autoridades competentes, volvió conmigo al castillo.

Me había yo guardado muy bien de decir hacia qué frontera había emprendido la fuga Mr. Sarranti.

Comprenderéis muy bien que yo no tenía más que un deseo, que pudiera salir de Francia.

Encerréme en mi habitación, abandonando el resto del castillo á las investigaciones de la justicia, y rogando únicamente á mi amigo el alcalde de Viry que hiciese que se respetara mi dolor lo más posible.

El buen hombre me dió palabra de encargarse de todo.

En seguida, preciso es decirlo, llegó la noticia de que se había descubierto la conspiración.

Aquella noticia venía en mi ayuda, como yo había creído.

Cuando se supo que Mr. Sarranti era uno de los agentes más fanáticos del partido bonapartista, los periódicos del gobierno no dejaron de reunir aquella acusación de asesinato y de robo para lanzarla á la cabeza de todo el partido. La policía, preciso es decirlo también, se hubiera desesperado suponiendo que hubiera tenido alguna duda con encontrar los verdaderos culpables; porque en 1820 era una dicha manchar á los bonapartistas con los nombres de asesinos y ladrones, como en 1815 se les había manchado con el de bandidos; y fué una fortuna para el gobierno hacer pesar una acusación semejante sobre la cabeza de un hombre que había llegado de Santa Elena, y había vivido en la intimidad del emperador.

Yo no tuve pues ningún temor realmente serio: todas las sospechas pasaron en torno del culpable para perseguir al inocente; y por más inocente que vuestro padre fuese, dudo que se hubiera librado del cadalso si lo hubieran arrestado.

Levantóse el sacerdote; estaba pálido como las sábanas del moribundo.

Aquella idea de su padre, víctima de una falsa acusación con todas las apariencias de culpabilidad, le espantaba hasta el punto de volverle loco.

— ¡ Oh! murmuró, bien sabía yo que no era culpable, y sin embargo, le hubiera visto morir sin poder salvarle.

— ¡ Oh! caballero, caballero, sois muy...

Y se detuvo.

Iba á decir muy infame.

El moribundo bajó la cabeza.

Lo que pedía era que aquel dolor del hombre se exha-

lase en palabras, á fin de que no quedase en el hijo más que la misericordia del sacerdote.

— Pero, continuó el monje, á pesar de esa confesión que me hacéis, no por eso dejará de pesar eternamente una acusación sobre la cabeza de mi padre, caballero.

— ¿ No voy á morir, caballero ? balbuceó el enfermo.

— Entonces, exclamó el sacerdote, ¿ me será permitido revelarlo todo después de vuestra muerte ?

— Todo, caballero. ¿ No es verdad que debo bendecir á la Providencia por haberos conducido cerca de mi lecho ?

— ¡ Ah ! dijo el sacerdote respirando, ¡ padre mío, mi pobre padre ! ¡ Sabéis, caballero, que si hubiera conocido la acusación que pesaba sobre él, hubiera vuelto á protestar de su inocencia, á riesgo de perder la cabeza !

— Sí, padre mío : pues bien, muerto yo le escribiréis y podrá volver ; pero en nombre del cielo no llenéis de terror y desesperación las pocas horas que me quedan de vida.

Hizo el sacerdote una seña para tranquilizar al moribundo.

— Mirad, continuó éste, dejadme hacer os una confesión. Hace siete años que el crimen se ha cometido, pues bien (preciso es que yo sea de una naturaleza bien execrable), pues bien, repito, no he tenido un solo instante el sentimiento del remordimiento puro y aislado. No, no ; con el remordimiento hubiera dormido, hubiera vivido tranquilo, feliz quizás ; pero el terror de la justicia ; el espanto del castigo, hé aquí lo que ha turbado mis días, y me ha atormentado en mis noches. ¡ Oh ! ¡ cuántas veces en mis ensueños he comparecido delante de un tribunal ; cuántas veces he oído, á pesar de mis ruegos, mis lágrimas y mis

negativas, resonar la palabra « asesino ; » cuántas veces he sentido sobre mi cuello que se estremecía el frío de la tijera que cortaba mis cabellos, el vaivén de la fatal carreta, y en perspectiva en el horizonte por encima de todas las cabezas, ó extenderse los dos brazos rojos, ó brillar la cuchilla de la horrorosa guillotina !

— ¡ Desgraciado ! murmuró el sacerdote mirando con compasión á aquel hombre, viva imagen del terror, y que se conocía que por el terror podía llegar á ser feroz.

— Hé aquí por qué me he desterrado de Viry ; hé aquí por qué he venido á vivir á Vanves ; hé aquí por qué hago beneficios.

Volvióse vivamente el sacerdote al oír estas últimas palabras.

— Sí, sí, padre mío, dijo el moribundo, la limosna es un manto con que me cubro, para que no se vea mi vestido manchado de sangre. ¿ Quién se atrevería ahora á venir á buscarme en medio de ese acompañamiento de buenas acciones, que vela en derredor de mí ?

— El que viene, dijo Domingo levantando su dedo al cielo. ¡ Dios !

— Sí, lo sé, dijo el moribundo, aquel de quien uno se acuerda cuando va á morir, aquel que ve la sangre á través del manto, el rostro á través de la máscara ; pero para con éste, padre mío, tendría dos poderosos intercesores : mi espanto y vuestra inocencia.

El desgraciado no se atrevía á decir sus remordimientos.

— Está bien, dijo el sacerdote, conclud.

— Ya sólo me quedan algunas palabras que añadir, padre mío.

Como os he dicho, la desaparición de Leona era la que

me causaba, no mi única, pero sí mi principal inquietud.

Fuí á la prefectura de la policía, hice y conseguí que se hiciesen todas las pesquisas imaginables; pero nunca tuve noticia de ella.

Tuve por un momento la idea de volver á Vic-Dessos; pero allí había habitado Mr. Sarranti; allí había nacido su hijo, allí se me había conocido pobre, y la envidia podía hacer que se remontasen al origen de mi fortuna.

Renuncié á ello.

Viajé, pasé un año en Italia, otro en Flandes; pero á cada salida del sol que me recordaba aquella terrible salida del sol del 20 de Agosto, me preguntaba si no se descubriría en aquel momento mismo en Francia algún indicio que viniese de repente al extranjero á dirigirse contra mí.

Volví á Francia.

Una tarde, al atravesar la Auvernia, había pedido hospitalidad en una cabaña, y oí á mis huéspedes hacer relación de la vida de un hombre de bien en sus más minuciosos detalles.

Era, como os he dicho, un pobre hidalgo de la Auvernia, que á consecuencia de una querrela bastante fútil, se había batido en duelo y había matado á su mejor amigo.

Desde aquel día, aquel hombre había vendido su castillo, sus quintas, sus tierras y sus rebaños; había distribuido sus bienes entre los pobres, y había solicitado con obras benéficas, con acciones laudables, el olvido de aquel asesinato involuntario.

Sólo que lo hacía por remordimiento.

Mas hé aquí lo que me dije: ¿un hombre que hubiera cometido un crimen real, un verdadero asesino no se libraría de las sospechas creando en torno suyo una repu-

tación semejante á la que se ha creado aquel hombre?

Hagamos pues por precaución, por egoísmo, por terror, lo que aquel hombre hace por remordimientos.

Volví á París, busqué un punto donde vivir, encontré esta casa, la compré, y emprendí esa grande obra de filantropía que me ha adquirido también á mí esa reputación de hombre de bien, en medio de la que voy á morir.

Ahora, muerto yo, padre mío, mi memoria os pertenece; haced el sacrificio de ella á la inocencia de Mr. Sarranti; obtened su perdón como conspirador, yo me encargo de probar su inocencia como asesino.

— ¿ Más se creará en la deposición de un hijo á favor de su padre?

— He previsto esa objeción, caballero; levantaos, tomad esta llave (el moribundo alargó al monje una llave que tenía oculta debajo de su almohada; abrid el segundo cajón del escritorio, y allí encontraréis un rollo de papel sellado con tres sellos.

Levantóse Domingo, cogió la llave, abrió el cajón, y sacó de él el rollo de papel.

— Aquí está, dijo.

— ¿ No hay nada escrito encima?

— Sí tal, caballero, hay estas palabras: « Esta es mi confesión general ante Dios y ante los hombres, para que si necesario fuere se publique después de mi muerte.

Firmado: GERARDO TARDIEU.

— Eso es, padre mío; ese papel contiene palabra por palabra, y todo escrito de mi mano, el relato que acabo de haceros. Muerto yo, disponed de ello, os relevo del sigilo de la confesión.

Apretó el monje con un movimiento de alegría y de triunfo involuntario el papel contra su pecho.

— Ahora, padre mío, dijo el moribundo, ¿no me consolaréis con algunas palabras de esperanza?

Acercóse el monje grave y lento; hubiérase dicho, que su semblante elevado al cielo, se iluminaba con una luz divina.

Visto así, parecía el ideal de la caridad humana.

El moribundo, que conocía que llegaba el perdón, se incorporó para ir á su encuentro.

— Hermano mío, dijo el dominico, tal vez se necesite cerca del Señor una intercesión más alta y más poderosa que la mía para que os perdone; pero yo, como hombre, como hijo, y como sacerdote, os perdono.

¡Quiera Dios ratificar la absolución que le ruego haga descender sobre vuestra cabeza!

En el nombre del Padre, que es la bondad, del Hijo, que es la abnegación, y del Espíritu Santo, que es la fe.

Y puso dulcemente sus dos manos pálidas y blancas sobre el cráneo desnudo y descarnado del moribundo.

— Ahora, padre mío, ¿qué me queda que hacer? preguntó Mr. Gerard.

— Orad, dijo el monje.

Y salió lentamente con las manos juntas, rogando al Señor que le permitiese llevar consigo cuanto malo, miserable y bajo había en aquel hombre que iba á morir.

Detrás de él volvió á caer el moribundo sobre su lecho con el rostro contra la almohada y tan inmóvil, como si el alma se hubiera separado ya del cuerpo.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO.

VOLVAMOS Á JUSTINO.

Dejemos á fray Domingo tranquilizado para en adelante, respecto á la vida y al honor de su padre, salvar rápidamente con el corazón lleno de esperanza y alegría la corta distancia que separa á Vanves de Bas-Meudón, donde encontrará enganchado y pronto á partir el fúnebre carruaje que encierra el cuerpo de Colombán; y volvamos á Justino, á quien hemos visto partir á rienda suelta para Versalles sobre el caballo de Juan Robert, y provisto por medio de Salvador de las instrucciones de Mr. Jackal, respecto á Mad. Desmarets.

Para aquellos de nuestros lectores á quienes el carácter del maestro de escuela, señalado con una aparente debilidad, haya parecido que no merece todo el interés que inspira á Salvador, á Juan Robert y á nosotros mismos, les diremos que aquella resignación que á primera vista ha podido parecer una falta de energía, nos parece á nosotros, por el contrario, una de las bellas formas de la fuerza.

LOS MOHICANOS T. III